

á las tierras calientes en general, para las que fué importada durante el virreinato, bajo el régimen de la esclavitud. Libre desde la proclamación de la independéncia puede decirse, por uno de los primeros actos de nuestro libertador, ha conservado su antiguo asiento, donde se consagra á los rudos trabajos agrícolas, guardando una condición que no difiere de la de los indígenas.

Tales son á grandes rasgos los elementos que componen la sociedad mexicana actual, de la que mucho puede esperarse por medio de una educación sistemáticamente conducida, de una instrucción cuerdamente impartida y de un reconocimiento de *deberes*, en las clases ilustradas y ricas, para con los indígenas.

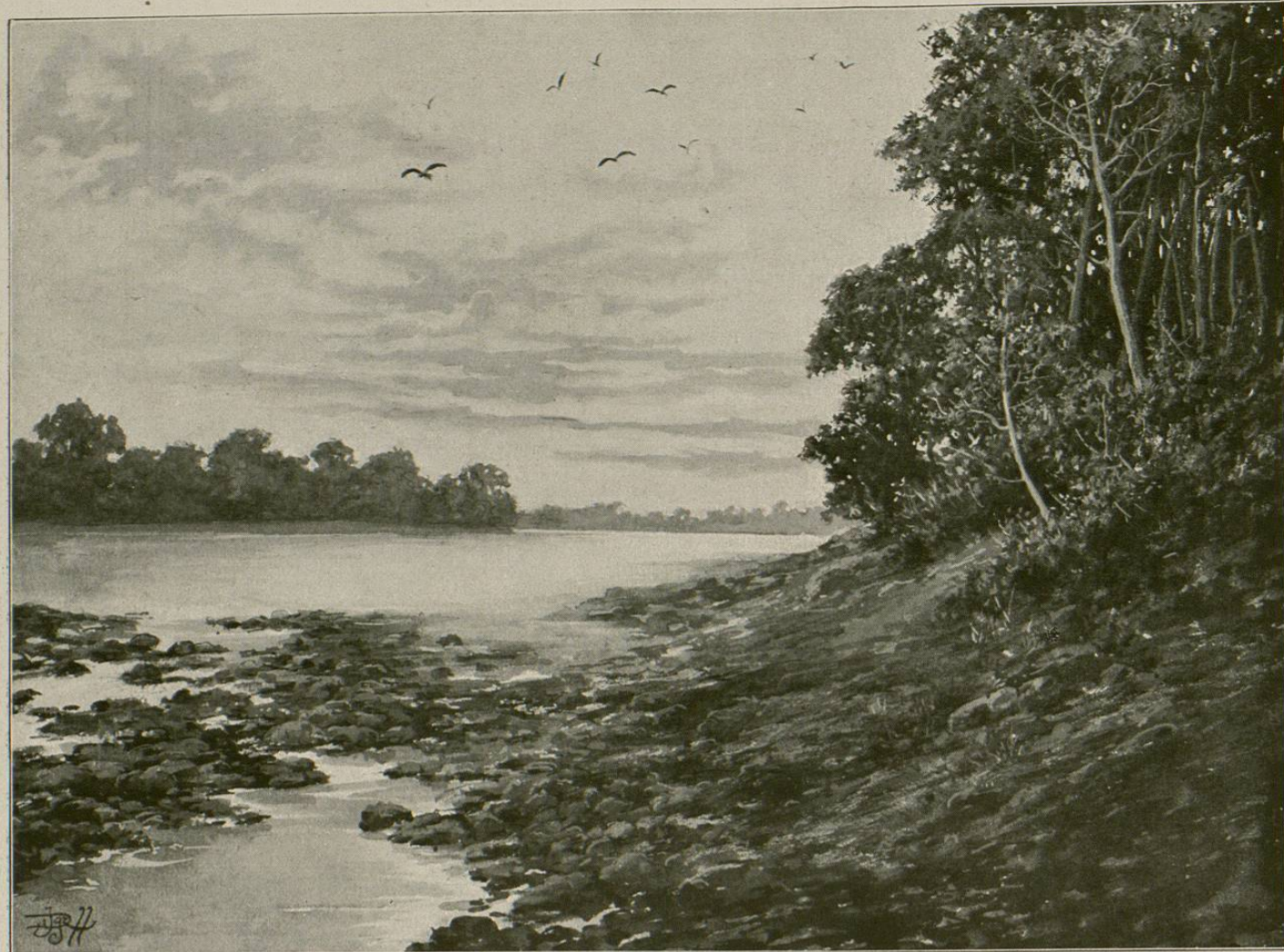
Agustin Aragón.



PARTE SEGUNDA

HISTORIA POLÍTICA

LAS CIVILIZACIONES ABORÍGENES Y LA CONQUISTA.
EL PERÍODO COLONIAL Y LA INDEPENDENCIA. LA REPUBLICA.
ERA ACTUAL.



El Usumacinta

LIBRO PRIMERO

LAS CIVILIZACIONES ABORÍGENES Y LA CONQUISTA

CAPÍTULO PRIMERO

LOS PRIMITIVOS. LA CIVILIZACIÓN DEL SUR. MAYAS Y KICHÉS

Los primitivos.— Todo se ha conjeturado respecto del origen de los americanos; nada cierto se sabe; nada cierto se sabe de los orígenes de los pueblos. ¿América estuvo en contacto con los litorales atlánticos de Europa y África por medio de la sumergida Atlántida? Entonces precisa convenir en que el hombre americano es terciario, porque la Atlántida pertenece al período terciario; mas no existió el hombre terciario, sino su precursor, el ser de donde el hombre probablemente tomó origen, nuestro ancestro zoológico; de él no existen trazas en la paleontología americana. ¿América se comunicó con el Asia por el estrecho de Behring, por su magnífico puente intercontinental de islas? ¿De aquí vino su población, ó fué aborígene en toda la fuerza del término, y el continente americano es un centro de creación, como afirman quienes sostienen la diversidad originaria de nuestra especie? Se ve que estas hipótesis tocan con sus extremidades al problema más arduo de la historia natural del hombre; son irradiaciones de vacilante antorcha que penetran, sin ilu-

minarla, en la tiniebla del génesis. Y, puesto que está fuera de duda la existencia del hombre en América desde el período cuaternario, y que también es indudable su estrecho parentesco étnico con las poblaciones del Asia insular, supongamos que, antes de que el Asia y la América tuvieran la configuración que hoy tienen, en la parte septentrional del Océano Pacífico hubo un vasto archipiélago y que en él apareció el grupo humano que á un tiempo pobló algunas comarcas marítimas del Asia oriental y el Norte del continente americano en vía de formación. Quizás son restos de estos proto-americanos los esquimos, acaso los fuegiamos en el otro extremo meridional del continente; es probable también que á estos primitivos se mezclaron otros grupos originarios de la parte continental del Asia. Lo cierto es que la distinta estructura anatómica, la diversidad en la forma del cráneo, muy pronunciada en antiguísimas poblaciones americanas, indican la presencia de familias de diverso origen en nuestro continente.

Sea lo que fuere, la región central de nuestro país estuvo poblada desde la época cuaternaria; el hombre primitivo asistió en el Valle de México á la inmensa conflagración que determinó su forma actual, y en las noches surecaba en la canoa silenciosa el lago en que se reflejaban las llamas, que sin duda juzgó eternas, del penacho volcánico del Ajusco. ¿De estos hombres geológicos provienen las poblaciones sedentarias y cultivadoras del suelo, por ende, que encontraron en el Anáhuac las primeras migraciones nahoas? ¿De ellas viene el grupo de los *otomies*, que llegó á organizar considerables entidades sociales y á erigir ciudades importantes como Manhemi en las risueñas márgenes del Tula? Á ninguna de estas interrogaciones es dado á la ciencia responder categóricamente.

En las edades cuaternarias, dos fenómenos de suprema importancia determinaron el destino étnico, para expresarnos así, del continente americano: los períodos finales del levantamiento de los Andes, que en siglos de siglos habían ido emergiendo del seno del Pacífico, encerrado en inmensa barrera volcánica, y que terminó en la edad cuaternaria dando su fisonomía actual á la América y disgregándola del Asia, y, consecuencia de esto, y éste es el otro hecho de transformación total á que aludimos, el descenso de la temperatura en las regiones septentrionales de los continentes unidos. El clima tórrido y templado que, como lo atestiguan con irrecusable testimonio los restos vegetales y animales en el borde polar encontrados, permitió la indefinida multiplicación de los grupos primitivos, desapareció gradualmente y con esto comenzó el descenso de los americanos hacia el Sur. La fauna y la flora se transformaban; las especies cálidas huían ó desaparecían ó se transformaban en enanas, perpetuándose como el esquimo y el siberiano en la costra de hielo de las regiones árticas. Los grupos bajaban y se derramaban por la América entera en la larga noche que precedió á la historia, deteniéndose en los valles de los grandes ríos, en las comarcas lacustres abundantes en pesca, huyendo hacia el Sur amenazados siempre por otros nómades feroces, que venían unos en pos de otros buscando sustento fácil ó trepando por los vericuetos de las montañas en busca de caza ó de seguridad. Los que pudieron echar raíces en el suelo y resistir los embates del río humano, fundaron la civilización.

La civilización del Sur.— En los valles del Mississippi, del Misuri, del Ohío, yace quizás el secreto impenetrable de los orígenes de las grandes civilizaciones mexicanas. Como hubo una notable variedad de lenguas, así hubo una bien perceptible variedad de culturas; si no